

A. J. Betts

# ZAC *y* MIA

Traducción del inglés de  
Antonio Lozano

Título original: *Zac & Mia*

Ilustración de la cubierta: © Júlia Gaspar

Copyright © A.J. Betts, 2013

*Publicado por primera vez por The Text Publishing Co. Australia, 2013*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-650-9

Depósito legal: B-10.022-2015

1ª edición, mayo de 2015

*Printed in Spain*

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

*Para los Zacs y las Mias de verdad*



PRIMERA PARTE

ZAC



## ZAC

Ha llegado un novato a la habitación contigua. Desde este lado de la pared puedo oír cómo arrastra los pies, inseguro acerca de dónde detenerse. Oigo a Nina repasar las normas de ingreso con su tono alegre de azafata, como si este «vuelo» fuera a ir como la seda, como si no fuéramos a tener necesidad alguna de tirar de la palanca de la salida de emergencia. Relájese y disfrute de nuestro servicio. Nina tiene ese tipo de voz que inspira confianza.

Estará diciendo:

—Este mando es para la cama. ¿Lo ves? Puedes inclinarla por aquí o bien reclinarla con este botón. ¿Lo ves? Pruébalo tú.

Diez meses atrás, fue a mí a quien Nina le explicó estas cosas. Era un martes. Me arrancaron de una clase de matemáticas a segunda hora, y me metieron a toda prisa en un coche con mamá y una pequeña bolsa de viaje. En el trayecto de cinco horas en dirección norte, a Perth, mamá utilizó palabras como «precauciones» y «pruebas rutinarias». Pero por entonces yo ya lo sabía, claro. Llevaba muchísimo tiempo sintiéndome cansado y enfermo. Sabía qué estaba ocurriendo.

Aún iba vestido con el uniforme cuando Nina me condujo a la habitación número 6, donde me enseñó a utilizar el teléfono interno, el mando de la cama y el del televisor. Con un movimiento rápido de muñeca, me mostró cómo marcar las casillas de la cartulina azul del menú: desayuno, té de me-

dia mañana, almuerzo, merienda, cena. Agradecí que mamá prestara atención, porque yo sólo podía pensar en lo mucho que pesaba mi mochila del colegio y en la redacción de inglés que debía entregar al día siguiente, para la que ya me habían concedido un día más. Sí que recuerdo, sin embargo, la horquilla que Nina llevaba en el pelo. Era una mariquita moteada con seis topos. Qué cosas tan extrañas hace nuestro cerebro. Todo tu mundo se está derrumbando, y lo único que haces es fijarte en algo inesperado y sin importancia. La mariquita parecía fuera de lugar, pero al menos era algo a lo que agarrarse. Como un trozo de chatarra flotante en medio del océano.

A estas alturas, podría recitar de memoria el discurso de bienvenida de la enfermera.

—Si tienes frío, aquí encontrarás mantas —estará diciendo Nina.

Me pregunto qué horquilla llevará hoy en el pelo.

Mamá reacciona con toda la indiferencia de que es capaz:

—Bueno, parece que ha llegado uno nuevo...

Sé que le encanta tanto como lo odia. Le encanta porque ha llegado alguien a quien saludar y conocer. Lo odia porque uno no debería desearle algo así a nadie.

—¿Cuándo fue la última vez que llegó uno nuevo? —Mamá empieza a repasar nombres—: Mario, próstata; Sarah, intestino; Prav, vesícula; Carl, colon; Annabelle... ¿Qué era lo que tenía Annabelle?

Todos ellos eran viejecitos de más de sesenta años, completamente inmersos en sus tratamientos. Ninguno aportó nada nuevo o emocionante.

Una enfermera pasa como una exhalación por delante de la ventana circular de mi puerta. Es Nina. En su pelo me ha parecido ver algo de color amarillo. Tal vez un pollito. Me pregunto si lo habrá comprado en la sección infantil de unos grandes almacenes. En el mundo real, sería un poco raro que una chica de veintiocho años llevara esos animalitos de plástico en el pelo, ¿verdad? Aquí, no obstante, parece que tiene algún sentido.



Mi visión parcial del pasillo de nuestra planta regresa a la normalidad: una pared blanca y dos tercios del cartel «VISTAS, SI TOSEN O ESTÁN RESFRIADOS, POR FAVOR, MANTÉNGANSE ALEJADOS».

Mamá quita el sonido de la televisión con el mando a distancia y se revuelve en la silla. Con la esperanza de captar pistas auditivas cruciales, mueve la cabeza de modo que su oído bueno quede más cerca de la pared. Al colocarse el cabello detrás de la oreja, veo más canas de las que tenía.

—Mamá...

—Chis. —Se inclina todavía más.

Llegados a este punto, la secuencia habitual es la que sigue: el acompañante del nuevo paciente hace comentarios sobre las vistas, la cama y el tamaño del cuarto de baño. El paciente se muestra de acuerdo. Luego encienden el televisor, hacen *zapping* por los únicos seis canales y, finalmente, apagan el aparato. Con frecuencia se producen risitas nerviosas cuando encuentran la pila de orinales y bacinillas desechables de color gris: la mayoría se mantiene en la ingenua creencia de que el paciente nunca estará tan débil o desesperado como para tener que utilizarlos.

A continuación, se instala un prolongado silencio, cuando sus miradas ya han recorrido las paredes blancas de la habitación, con sus enchufes, etiquetas rotuladas y agujeros para cosas que ni siquiera pueden imaginar que existen. Escudriñan las paredes de norte a sur, de este a oeste, antes de que la certeza de que todo esto es real caiga sobre ellos como una losa; que el tratamiento empiece mañana, que esa cama será su hogar durante varios días, con sus idas y venidas formando ciclos bien planeados a lo largo de los meses o los años que necesiten para combatir lo que sea; sólo entonces se dan cuenta de que no existe una palanca en la salida de emergencia.

En ese momento, el acompañante suele decir: «Ah, bueno, no está tan mal. Mira, fíjate, desde aquí puedes ver la ciudad.»

Algo más tarde, después de haber guardado la ropa en el armario y probado por primera vez el café de la cafetería, el nuevo paciente se mete en la cama a hojear un par de re-

vistas, sabiendo que, en el fondo, esto no es exactamente un vuelo, sino más bien un crucero, y que su habitación es un camarote bajo el agua donde la tierra firme sólo es algo con lo que soñar.

Sin embargo, sea quien sea el nuevo ocupante de la habitación número 2, no está siguiendo la secuencia habitual. Sólo se ha oído el sonido de una bolsa de equipaje al caer al suelo, y ya está. Nada de cremalleras abriéndose. Ningún clic-clac de perchas moviéndose en el armario, ni el tintineo de enseres de baño sobre el estante superior. Y lo que es aún peor, ni siquiera se ha producido el reconfortante intercambio verbal.

Mamá se vuelve hacia mí.

—Debería ir a saludar.

—Sólo lo haces porque estás perdiendo —le digo en un intento por ganar algo de tiempo para el nuevo paciente.

Mamá apenas pierde por cinco puntos, pero la verdad es que ambos estamos jugando de pena. Mi mejor palabra hasta el momento ha sido «garrulo», aunque me ha costado que ella la aceptara. La suya ha sido «abatido», lo que resulta bastante triste.

Mamá forma la palabra «bota» y añade seis puntos a su cuenta.

—Nina no mencionó que llegaba uno nuevo.

Esto lo dice sin ironía, como si de verdad esperara que la informaran de todas las entradas y salidas de los pacientes del Pabellón 7G. Creo que lleva tanto tiempo aquí que ha olvidado que pertenece a otro lugar.

—Es demasiado pronto para ir a saludar.

—Tal vez debería ofrecerles un té...

Mi madre: el Comité de Bienvenida No Oficial de la Planta de Oncología. La que prepara té relajantes, la que trae de la cafetería bollitos con raciones individuales de mermelada de ciruela. La autoproclamada portavoz de las familias de los pacientes.

—Acaba la partida, mamá.

—Pero ¿y si están solos? Como le ocurrió a... ¿Cómo se llamaba? ¿Te acuerdas de él?

—Quizá sea eso precisamente lo que quieran, estar solos. Es normal, ¿no? Desear estar solo a veces.

—¡Chis!

Entonces también yo lo oigo. Al principio no entiendo las palabras —nos separa una pared de yeso, diría que de unos seis centímetros—, pero el sonido va en aumento.

—Dos mujeres... —confirma mamá con sus ojos castaños dilatándose. Su boca se tuerce a medida que oye «eses» y «tes» lanzadas entre siseos—. Y parece que una es mayor que la otra.

—Deja de cotillear —le digo, aunque no es algo que podamos evitar. Las voces suben de volumen y las palabras salen como proyectiles.

«¡No deberías! ¡Para! ¡No lo hagas! ¡Yo que tú no lo haría!»

—¿Qué está ocurriendo ahí? —pregunta mamá.

Yo le ofrezco mi vaso vacío para que lo pegue a la pared, como hacen los espías.

—No te hagas el listillo —me dice, y añade—: No funciona, ¿verdad?

No es que en mi familia no haya habido discusiones de ese tipo. Años atrás, Bec y mamá se enzarzaban a la mínima. En posición de ataque y fieras como dos rottweiler. En esas ocasiones, papá y Evan abandonaban la casa y huían a los campos de olivos, donde no pudieran llegarles las voces. Yo, en cambio, solía quedarme en el porche, no me fiaba de dejarlas solas.

Las peleas perdieron intensidad cuando Bec cumplió los dieciocho. Sin duda, ayudó bastante que se mudara a la vieja casa contigua que antes ocupaban los trabajadores. Ahora tiene veintidós años y está embarazada. Mamá y ella se llevan bien. Siguen siendo tozudas como mulas, pero han aprendido a reírse la una de la otra.

Nadie se ríe en la habitación número 2. Las voces suenan amedrentadoras. Se oyen palabrotas, y luego una puerta que se cierra. No da un portazo, porque todas las puertas disponen de un dispositivo con un muelle que las cierra con un controlado e insatisfactorio silbido. A continuación, pasos rápidos

por el pasillo. La cabeza de una mujer pasa veloz por delante de la ventana de mi puerta. Al ser una mujer baja, apenas aparece por encima del marco. Lleva unas gafas de montura marrón y una pinza de carey que recoge la mayor parte de su cabello rubio. Con la mano derecha se aprieta la nuca.

Sentada a mi lado, mamá parece una suricata. Su atención va de la puerta a la pared, y luego a mí. Después de veinte días en la habitación número 1, parece haber olvidado que allá fuera, en el mundo real, la gente se cabrea y la tranquilidad no dura, como ocurre en el colegio, donde los chicos plantan cara si alguien los empuja en la cola del comedor. Ha olvidado que existen los egos y la rabia.

Mamá se prepara para pasar a la acción: quiere seguir a esa mujer, ofrecerle té, bollitos con dátiles y un hombro sobre el que reclinarse.

—Mamá.

—¿Sí?

—Guárdate el discurso de ánimo para mañana.

—¿Tú crees?

Lo que creo es que ambas necesitarán algo más que los consejos de mamá. Probablemente alcohol. Quizá cinco miligramos de diazepam.

Formo la palabra «cotilla» golpeando las fichas contra el tablero, pero mamá no se da por enterada.

—¿Cómo es posible que alguien discuta de esa forma? En la planta de enfermos de cáncer... Seguramente acabarán de...

Como si saliera de un megáfono, una voz retumba al otro lado de la pared.

—¿Qué... demonios...?

Acto seguido, un ritmo trepidante nos hace dar un respingo. Las fichas de mamá caen al suelo.

La música, por llamarla de alguna manera, invade mi habitación a un nivel acústico jamás oído en el Pabellón 7G. La chica nueva debe de haberse traído sus propios altavoces, sin duda los ha colocado en la repisa que hay sobre la cama, de cara a la pared que separa ambas habitaciones, y ha subido

el volumen al máximo. Una cantante se desgañita a través del yeso. ¿Acaso no sabe que es «nuestra» pared?

Mamá está a cuatro patas y se arrastra bajo mi cama en busca de sus siete letras, mientras la habitación late con electropop al son de «menea tu culo», y «lo deseas a muerte». Ya había oído esa canción, puede que uno o dos años atrás.

Cuando mamá se levanta del suelo, lleva en la mano una «T» de más y una «X», una barra de labios con sabor a fresa y un caramelo mentolado.

—¿Quién canta? —me pregunta.

—¿Cómo voy a saberlo?

El sonido es estridente, un ataque a mis oídos.

—Pero... ¡esto parece una discoteca!

—¿Y cuándo has estado tú en una discoteca?

Mamá levanta una ceja mientras desenvuelve el caramelo. Para ser sincero, yo tampoco he estado nunca en una discoteca, de modo que ninguno de los dos está cualificado para hacer comparaciones. En realidad, el volumen debe de ser el propio de una discoteca de tarde para adolescentes, pero supone un verdadero *shock* para dos personas que llevan tanto tiempo en una habitación silenciosa y bajo control, rodeadas de vecinos de lo más conservadores.

—¿Es Cher? Antes me gustaba...

No estoy al día en cantantes femeninas con nombres simples. ¿Rihanna? ¿Beyoncé? ¿Pink? Letras llenas de dolor se cuelan a través de la pared.

Entonces caigo por fin. Lady Gaga. La novata está chiflada. ¿La chica de la número 2 tiene cáncer y además mal gusto?

—¿O es Madonna?

—¿Juegas o no? —pregunto, al tiempo que cruzo «bota» con «pomo».

La canción sigue dale que te pego con cabalgar sobre el *disco stick* de un tío. ¿En serio?

Mamá finalmente se mete el caramelo en la boca.

—Debe de ser joven —comenta en voz baja. Los jóvenes la trastornan más que los viejos—. Qué pena.

Luego se vuelve hacia mí y cae en la cuenta de que yo también soy joven. Baja la mirada hacia las letras desordenadas que tiene en la mano, como si intentara formar una palabra que explicara lo que está sintiendo.

Sé lo que está pensando. Maldita sea, he acabado por conocerla demasiado.

—Deben de ser unos buenos altavoces, ¿no crees? —me dice.

—¿Qué?

—Tal vez deberíamos haber traído de casa los tuyos. O haber comprado unos. Mañana podría ir a mirar...

—También puedes robárselos.

—Está enfadada.

—Esa canción está destruyendo mi reserva de glóbulos blancos.

Sólo bromeo a medias.

Acaba la canción, pero no hay justicia en este mundo porque, de inmediato, vuelve a comenzar. La misma. Venga ya, ¿la friki de Lady Gaga otra vez? ¿Y a este volumen?

—Te toca.

Mamá coloca con delicadeza «tablero» en el... tablero. Luego saca otras cuatro letras de la bolsa, como si todo fuera normal, como si no estuvieran abusando de nuestra capacidad auditiva.

—La canción está en modo repetición —señalo innecesariamente—. ¿Puedes pedirle que pare?

—Es nueva, Zac.

—Todos hemos sido nuevos. No hay excusa para... algo así. Seguro que existen unas normas. Un código ético para los pacientes.

—De hecho, a mí no me molesta. —Mamá menea la cabeza como prueba, al estilo *bebop*, creo que se llama.

Echo un vistazo a mi tablero. «T, F, J, P, Q, R, S.» Ni siquiera tengo una vocal.

Me rindo. No puedo pensar. No quiero. Ya he tenido bastante de esta canción, que ahora suena por tercera vez consecutiva. Intento asfixiarme a mí mismo con una almohada.

—¿Quieres un té? —me pregunta mamá.

No quiero un té, nunca quiero té, pero le digo que sí para poder estar a solas unos minutos, quizá una hora si encuentra a la acompañante de la novata y la somete a la Terapia de Emergencia con Bollito en la cafetería para pacientes.

Oigo correr el agua. Mamá sigue a conciencia las instrucciones sobre el lavado de las manos.

—No tardaré.

—¡Vete tranquila! —le digo—. Sálvate tú al menos.

Tras cerrarse la puerta, me quito la almohada de la cara. Deslizo las fichas del Scrabble dentro de la caja y coloco la cama en posición horizontal. ¡Cuando por fin se me concede el preciado tiempo sin madre me lo arruinan con esto! La canción arranca por cuarta vez.

¿Cómo es posible que la habitación número 1 sea un santuario tan eficaz contra los gérmenes del mundo exterior y, en cambio, no pueda protegerme de los peligros de esta mierda de música?

No puedo oír a la chica. De hecho, no puedo oír nada que no sea esa canción, pero me imagino que estará tendida en la cama, moviendo los labios mientras sigue la letra que yo me esfuerzo al máximo en ignorar.

La habitación número 2 es casi idéntica a la mía. Lo sé porque he estado en ella. Tienen el mismo armario, el mismo cuarto de baño, las mismas cortinas... Incluso están pintadas del mismo color. Todo está duplicado, aunque a la manera de una imagen invertida. Si las observáramos desde arriba, las cabeceras de las camas aparecerían espalda con espalda, separadas tan sólo por los seis centímetros de grosor de la pared.

Si en este instante está tumbada en la cama, prácticamente estamos cabeza con cabeza.

Pasillo abajo hay otras seis habitaciones individuales más y ocho dobles. He estado en todas. Cuando en febrero me diagnosticaron esto por primera vez, me convertí en un viajero frecuente durante seis meses, moviéndome en ciclos de inducción, consolidación, intensificación y mantenimiento.

Al final de cada ciclo de quimio, mamá conducía de vuelta los quinientos kilómetros que nos separaban de casa. Allí yo podía descansar. Reponía fuerzas y acudía uno o dos días al colegio, aunque el resto de mis compañeros de curso preparaban exámenes que yo no podría hacer. Luego mamá y yo regresábamos a Perth, nos metíamos en la habitación que quedara libre y nos preparábamos para el siguiente impacto.

Ambos esperábamos que la quimio funcionara. Pero no lo hizo.

«Si no puedes atacarlo, intenta cambiarlo», me había dicho la doctora Aneta para darme ánimos cuando recaí. En una agenda marcó en amarillo fluorescente un bloque que iba del 18 de noviembre al 22 de diciembre. Escribió: «Zac Meier. Trasplante de médula espinal. Habitación 1.» Me explicó que los primeros ocho o nueve días iban a dedicarse de nuevo a atacar, para preparar el trasplante del «Día 0». El resto de la estancia sería en aislamiento estricto. Sólo así podían garantizar el éxito del injerto y la cura.

—¿Cinco semanas en la misma habitación?

Mierda, si incluso los presos de alta seguridad cuentan con más libertad.

Volvió a ponerle el capuchón al rotulador.

—Al menos estarás en casa por Navidad.

Antes de la leucemia ya me costaba lo mío aguantar dos horas quieto en una misma habitación, no digamos un día entero. Todo lo interesante ocurría fuera: el fútbol, el críquet, la playa, la granja... Incluso en el colegio me sentaba siempre junto a la ventana para ver lo que estaba perdiéndome.

—La habitación número uno tiene las mejores vistas —dijo la doctora Aneta, como si eso pudiera endulzar las cosas. Como si tuviera alguna posibilidad de elegir.

Acaba la canción y respiro aliviado. Por un momento, sólo oigo los sonidos previsible; la caída del gota a gota, el zumbido de mi neverita...

Me pregunto si la novata estará contando por primera vez el número de placas del techo. Yo podría decírselo: ochenta



y cuatro. Las mismas que en el mío. Quizá está volviendo a contarlas en la otra dirección, sólo para asegurarse.

¿Dieciocho malditas veces? El metotrexato no es nada en comparación: esto sí que está matándome.

Las enfermeras siguen en su reunión semanal, por lo que no hay nadie que pueda salvarme de este ciclo infernal interminable. ¿Quién es capaz de escuchar una misma canción dieciocho veces? ¡O diecinueve! ¿Es que esta chica está mal de la cabeza? ¿Acaso está experimentando con un nuevo tipo de terapia para intentar que sus células cancerígenas se autodestruyan de forma espontánea? ¿Existe una Cura Milagrosa Lady Gaga del Cáncer de la que no he oído hablar?

Los pacientes viejos nunca hacen cosas así. Muestran respeto. Es cierto que Bill pone el volumen de la radio bastante alto para seguir las carreras de galgos, pero la agresión acústica sólo alcanza un nivel de molestia medio, no absoluto. Y luego está Martha, cuyas carcajadas agudas resultan un poco estridentes, pero sólo después de que haya bebido mucho rooibos.

Sea como sea, no puedo precisamente saltar de la cama, salir por la puerta y buscar la tranquilidad de un cuarto para trastos en el que esconderme. Gracias al Protocolo de Trasplante de Médula estoy atrapado en esta celda de cuatro metros por cinco. Veinte días cumplidos, quince por delante... Demasiado tiempo para permanecer prisionero de la obsesión compulsiva de la chica de la habitación de al lado. No me queda otra que colocarme la almohada sobre la cabeza y esperar que tenga linfoma de Hodgkin, para cuyo tratamiento sólo deberá venir un día al mes. No contemplo la posibilidad de que sea un caso de LMA o LLA. Y, si hablamos de un TMO, huiré despavorido.

La canción vuelve a comenzar, con lo que llega a las veinte repeticiones: el número que me he marcado como límite. Debo hacer algo ya, antes de que mis oídos empiecen a sangrar.

Un grito no derribará los muros de sonido que levanta Lady Gaga. ¿De qué otra manera puedo comunicarme a través de una pared de seis centímetros de grosor?

Me levanto de la cama y me doy cuenta de que mis manos están cerradas en puños. Decido utilizar uno.

Golpeo. Suave la primera vez, como si llegara a casa de alguien a quien voy a visitar. Nada. Golpeo de nuevo con la esperanza de que me oigan al otro lado.

Tampoco. Parece que no funciona.

Vuelvo a golpear, tres toques consecutivos, esta vez con la insistencia de un mensajero. «Toc, toc, toc.» Pausa. «Toc, toc, toc.»

La canción llega al estribillo que he acabado por odiar. Aún peor, ¡me sé toda la letra de memoria!

Golpeo con más fuerza, como un niño al que han dejado encerrado sus hermanos. Mi puño impacta siguiendo el ritmo de la música, con tanta energía que debe de estar oyéndolo en estéreo. Su lado de la pared tiene que estar doblándose con cada golpe.

La música se para: ¡victoria!

Yo hago lo mismo. Sólo entonces me fijo en la facilidad con que la piel enrojecida de los nudillos se me ha pelado. Me la retiro frotando y descubro que estoy sonriendo.

Tal vez sea porque es el primer contacto que he tenido con alguien desde que estoy en esta habitación. Las enfermeras, los médicos y mi madre no cuentan. La chica nueva es joven, de mi edad. Mi corazón late acelerado por el esfuerzo. Me siento mareado. La habitación me da vueltas. Silbido. Goteo. Zumbido.

Entonces, «tac, tac», la pared me responde. «Tac.»

El golpeo parece más suave que la música o las palabras llenas de rabia que ha gritado antes. Suena muy próximo. Como si hubiera acercado la oreja a la pared, intrigada y llena de curiosidad, a la espera de un contacto alienígena.

Me agacho.

«Toc», le respondo a la pared, ahora más bajito.

«Tac.»

La pared suena hueca, ¿lo estará?

«Toc.»

«Tac.»

«Toc.»

¿«Tac, tac»? Entre tanto silencio, el «tac» suena seco. Creo que está haciéndome una pregunta.

«Toc.»

En las pausas, sólo se oye el sonido de la máquina a la que estoy conectado y mi propia respiración, que se detiene unos instantes para esperar la siguiente señal. Siento la debilidad de mis cuádriceps mientras espero, y el suelo de linóleo está frío y me hiela los pies.

«¿Tac?»

«Toc.»

Está claro que ninguno de los dos conoce el código morse, y, sin embargo, algo estamos diciéndonos. ¿Qué estará intentando preguntarme?

«Toc.» Silencio. «Toc.»

¿Qué estaré intentando decir yo?

Entonces se acaba.

Silbido. Zumbido. Pitido. Goteo. Silbido.

De rodillas, junto a la pared, me siento avergonzado. Al ser su primer día aquí, tal vez no debería haberme quejado de la música. Hay demasiadas cosas que desconozco de ella.

La novata no vuelve a decir «tac», y yo no vuelvo a contestar «toc».

Me quedo allí, de rodillas, imaginándome que estará haciendo lo mismo al otro lado, separada por apenas seis centímetros.